

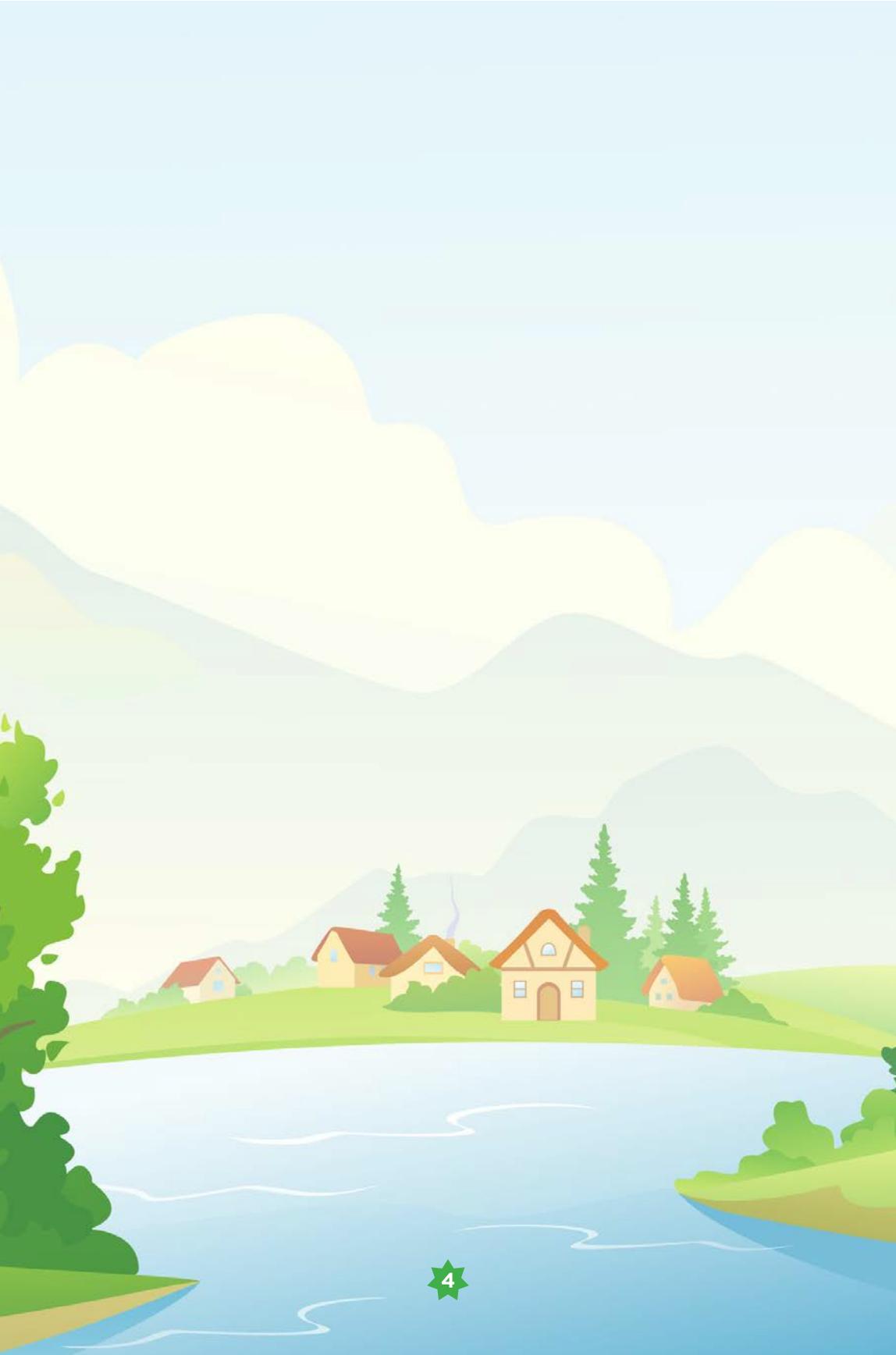
Abuelo llevame al Rio



César Sánchez Beras

Abuelo
llévame
al Río

César Sánchez Beras



CAPÍTULO I

Es sábado, y como de costumbre, don Iván está sentado en su vieja mecedora de caoba roja y forrada de guano. Él siempre está de buen humor, pero los fines de semana, su rostro se torna aún más radiante, como si fuera un sol en primavera, pues sabe que, como cada sábado, vendrán a visitarlo su hija Yolanda y sus tres hijos; y nada le provoca mayor alegría que la de ver llegar a sus nietos.



Si tú miras desde lejos parece que hay dos estatuas en frente de la casa azul de la calle 19 de marzo. Pero al acercarte un poco más, entonces alcanzas a ver que es don Iván meciéndose suavemente en un lado de la acera frente a la vieja casa colonial, y a su lado, está Platón, su perro y amigo inseparable desde hace casi 10 años.

Don Iván encontró a Platón cuando era un cachorrito. Estaba abandonado a la orilla del camino que da al parque del Jardín Zoológico. Él hacía su caminata matutina dando pasos muy ligeros, pero no tan rápido, como para que pasara desapercibido el quejido del animalito hambriento que buscaba protegerse del frío de la mañana, acurrucado entre las hierbas y la maleza.

Suspendió sus ejercicios. Lo tomó en sus brazos como si fuera un bebé, para llevarlo a algún centro donde albergan a los animales. En el trayecto hacia la casa miró los ojos redondos y negros del cachorro, vio en su mirada dulce que más que comida buscaba a un amigo, y entonces olvidó la idea de ir al albergue y decidió ir a la casa y construirle una casita de zinc y maderos viejos que tenía en el patio, hacerle allí una cama con una manta de algodón y darle de comer a su nuevo compañero. Desde entonces, Platón es un miembro de la familia.





CAPÍTULO II

La mañana está fresca y fragante. El sonido del carro que se acerca hace que don Iván deje de leer el periódico. Mira por encima de los lentes y su cara vuelve a tener el mismo brillo de cada sábado. Ha llegado su hija Yolanda y del asiento trasero salen disparados tres chicuelos que se disputan quién alcanza primero al abuelo para tener el primer beso, el primer abrazo y las primeras golosinas que él siempre les guarda en cada visita.

Alejandro, el mayor de los nietos, siempre pide mangos banilejos de la mata que ha crecido en el patio. Eva casi nunca come, solo quiere jugar con las cosas antiguas que don Iván tiene en su biblioteca, y Santiago, el más pequeño, mete las manitas en todos los bolsillos de la chaqueta del abuelo, pues sabe que encontrará el tesoro escondido: dulce de almendra, galletas y trozos de chocolates, que, al comerlos, le dejan un círculo de color marrón alrededor de toda la boca y una espléndida sonrisa de satisfacción.

CAPÍTULO III

Durante la semana, don Iván cuele él mismo su café. Pone a hervir el agua con un poco del polvo aromático y cuando sube, lo pasa por la cafetera antigua que tiene colgada en la cocina. Entonces, los sábados, es Yolanda quien se lo prepara, negro como le gusta. Mientras él espera por ese momento, sentado en su mecedora y jugando con los nietos, un olor inconfundible llena la casa avisando que ya está listo el cafecito. Eva ve los preparativos como si fuera un juego y quiere ayudar a Yolanda a preparar las tazas, sirven entre las dos el café y luego Yolanda se sienta al lado de la mecedora, junto a él, igual como lo hacía su madre hace mucho

tiempo. Don Iván mira la cara de su hija y comprueba cuánto se parece a su mamá. Tienen idénticos los ojos, el pelo negro y ondulado cayéndole a la espalda y la misma sonrisa.

— ¡Abuelo! —dice Eva, acercándose a don Iván—. ¿Puedo ver este libro?

— ¡Claro, reina! Todo lo que hay en esta casa es tuyo— responde con alegría el abuelo y le pasa la mano por el abundante y ensortijado pelo—. ¿Qué te interesa ver en este álbum?, agrega.

— Me gusta mirar las fotos —responde Eva mientras con sus deditos hojea las páginas cubiertas del plástico transparente que separa las fotos.

Eva pasa de una página a otra. Recorre el álbum sin detenerse. A veces hace una pausa pues cree conocer a alguien de las fotos, pero no ve cara conocida, entonces sigue adelante. Ahora se ha detenido en una foto un poco amarillenta. Está casi al final de la colección de fotos y en ella se ve un joven de figura atlética con una vara de pescar en la mano izquierda y en la derecha un pez como de doce pulgadas de largo. Detrás del hombre joven se ve una ribera al fondo y entre el hombre y la orilla, la corriente de un río de aguas muy limpias.

– Abuelito, ¿y ese hombre de la foto eres tú? –vuelve a preguntar Eva.

– Sí, mi niña –responde el abuelo, pero no sin antes reírse a carcajadas por la curiosidad de Eva.

Entonces Eva sale corriendo hacia el patio y grita desde la puerta de la casa:

– ¡Alejandro, ven a ver! ¡Corrrreeee! Mira para otro lado de la casa y repite en el mismo tono:

– ¡Santiago, ven a ver, el abuelo antes no tenía la barriga grandota!

La risa llena la casa. Yolanda quiere regañar a Eva por hablar así de su abuelo, pero la risa también llega a su boca y no para de reír. Los chicos vienen corriendo a ver las otras fotos del álbum a ver si encuentran otro retrato divertido.



CAPÍTULO IV

Para Alejandro la foto es divertida, pero hay algo más en ella que le llama la atención. Mira otra vez el retrato del abuelo y pregunta en voz baja:

– Abuelo, ¿usted se bañaba en ese río cuando era niño?

– Sí, querido Alejandro, me bañé muchas veces. Mi padre y yo íbamos los sábados a pescar y al final de la tarde, antes de regresar a casa, nos dábamos un chapuzón en sus aguas.

Alejandro piensa por un momento. Imagina lo chévere que debe ser ir al río, nadar con sus amigos y ver quién alcanza primero la otra orilla o pescar como hacía su abuelo. Junto a la foto, el abuelo escribió algunas palabras que Alejandro no entiende. Él sabe leer, pero las letras están escritas a mano y él no termina de entender lo que dice. Por eso pregunta:

– Abuelo, ¿qué dicen las palabras que usted escribió al lado de la foto?

Don Iván mete la mano en el bolsillo de la camisa, saca sus gafas para la lectura, colocándoselas para acercar la imagen, pues no recuerda lo que está escrito.

– ¡Ah! Es un poema, –explica el abuelo –.Lo escribí para el río Ozama, ese que ves en la fotografía– agrega.

– ¿Ozama? –pregunta Alejandro.

– Sí, Alejandro, Ozama es el nombre de ese río.

El abuelo piensa un poco. Vuelve al pasado imaginando el río de su infancia y se prepara para leer el poema.

CAPÍTULO V

Eva y Santiago han llegado hasta donde están Alejandro y el abuelo. No saben lo que están conversando, pero al verlos animados, se suman a la reunión para ver si se enteran de algo que les haga reír. El abuelo se siente feliz al verlos juntos. Con un dedo señala hacia el río que aparece en la foto y lee en voz alta para ellos:

“Muy largo, muy largo,
parece serpiente.
Arriba los barcos,
abajo los peces.
Desde las montañas
muy rápidamente,
el Ozama baja,
se vuelve corriente.
Cerca de la orilla,
vestidas de verde,
hay miles de algas
bebiendo en el río
como de una fuente.
El Ozama corre,
parece serpiente.
Arriba los barcos,
abajo los peces.”

Por un momento los chicos parecen dormidos. La música de las palabras dichas por el abuelo les hace imaginar un lugar que nunca han visto. Entonces, como saliendo de un sueño, Alejandro pregunta con entusiasmo:
– Abuelo, ¿podemos ir a ver el río Ozama el próximo sábado?

Eva y Santiago se suman a la idea y ahora todos lo piden a gritos:
– ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Llévanos a ver el río!





CAPÍTULO VI

Toda la semana don Iván se la ha pasado pensando en la petición que le han hecho sus nietos. Sería hermoso ir con ellos a bañarse al Ozama, jugar con Platón en la orilla y hasta quizás pescar un dajao. Claro que quiere complacerlos, pero sabe que el río Ozama ya no es el mismo de su infancia. El que aparece en la foto ha envejecido como él y quizás a ellos no les guste verlo así. Algunas personas lo han tratado mal, han contaminado sus aguas con basuras, han dañado sus orillas y en su cauce hay muchos envases de plásticos que no lo dejan respirar. Por eso sus aguas van tan lentas, por eso ya no corre como dice el poema. Don Iván lo sabe, los ríos, al igual que las personas, pueden enfermarse y morir.

Don Iván se entristece de solo pensar que sus nietos verán un río distinto al de la foto. Pero debe cumplir su promesa y los llevará a verlo. Él también quiere mirar de nuevo el mágico lugar donde junto a su padre se bañaba en las tardes del sábado.

CAPÍTULO VII

Yolanda ha llegado a la casa como cada sábado. Don Iván como siempre espera en la mecedora de guano a que su hija traiga a casa a los nietos, le haga el café, ver a los chicos jugar con Platón, pedir mangos del patio y encontrar los dulces que tiene escondidos en la chaqueta. La primera en abrazarlo es Eva, luego Santiago y por último Alejandro, que lo abraza con poca alegría al ver que el abuelo no está vestido para ir a nadar.

El abuelo espera que se les haya olvidado a los chicos la promesa, pero Alejandro pregunta con un poco de pena:

– ¿Vamos a ir a ver el río?

Sin aun el abuelo responder, Eva también pregunta:

– ¿Vamos a ir abuelito?

Santiago no pregunta, pero le recuerda al abuelo la promesa:

– Usted dijo que íbamos a conocer al Ozama.

Don Iván mira a Yolanda para ver si ella tiene una idea mejor, pero ella tampoco sabe qué decir. Entonces el

abuelo intenta que ellos olviden el viaje.

– Chicos, yo sé que prometí que iríamos a ver el río, pero sucede que el Ozama está enfermo.

– ¿Le dio catarro al río? –pregunta Eva, mientras Alejandro y Santiago se ríen.

– ¿A los ríos les duele la cabeza? – pregunta Santiago. Su madre mira al abuelo y suelta una carcajada.

– Es como si tuviera catarro o como si le doliera la cabeza, pero los ríos se enferman de otra manera– dice el abuelo.

– ¿Y con qué medicina se curan los ríos? –pregunta Alejandro.

– Los ríos se curan, –explica el abuelo –sanando las heridas que le han hecho las personas insensatas y alimentándolo de nuevo para que recobre sus fuerzas.

Eva abre sus ojos grandes y negros, imaginado al río comiendo.

– ¿Abuelito y qué comen los ríos?– pregunta con interés.

– Nieta querida, –comenta don Iván–

los ríos se alimentan de las lluvias que caen en las montañas; las aguas bajan por los montes, y luego se meten en el cauce del río y le dan nueva vida, lo hacen crecer, crecer y crecer hasta llenarse de nuevo de muchos peces de colores.

– Y si no llueve, abuelo ¿Se puede morir el río? – interroga Santiago.

– Sí, mi niño, –responde don Iván –si no llueve el río se seca y muere.

Alejandro está pensando mientras escucha al abuelo. Aún no ha desistido de la idea de ir a ver al Ozama. Como un relámpago, una pregunta entra a su cabeza:

– Abuelo, ¿y cómo podemos hacer que llueva, para que el río no se muera?

Don Iván esta maravillado con las preguntas de sus nietos. Va a su oficina. Trae un mapa y lo despliega en el suelo para mostrarles a los chicos dónde nace el Ozama.

– Ahí, –dice señalado con su dedo índice, –está la Loma Siete Cabezas, en la Sierra de Yamasá, justo donde nace el río Ozama. Si logramos plantar en ese lugar el árbol de la caoba, el pino y el yagrumo, volverán

las lluvias. Si hacemos un bosque con miles de árboles de roble, almácigo, laurel, almendro, cocotero y bambúes, entonces lloverá mucho tiempo en la montaña y se llenarán de agua otros ríos más pequeños llamados afluente Isabela, afluente Sabita y afluente Yabacao. Entonces el Isabela, el Sabita y el Yabacao, vendrán corriendo por entre las lomas a darle agua al Ozama para que se sane y vuelva a ser el río que vieron en la foto.

Alejandro escucha las palabras del abuelo y piensa en lo que ha oído. Aunque es pequeño, es un chico muy listo. Se le ocurre una mejor idea para lograr que don Iván los lleve a dar un paseo.

– Abuelo, –dice tratando de convencerlo –vamos el sábado a la Loma Siete Cabeza de Yamasá y plantamos muchos árboles, así la lluvia sanará al Ozama y cuando se cure vamos todos a bañarnos al río.

Don Iván lo escucha con entusiasmo, lo acerca a su pecho y lo abraza con ternura. Le dice mientras besa su frente: – ¡Claro que sí, es una idea genial! Iremos el sábado a reforestar la loma, para que vengan las aguas y se cure el río.





CAPÍTULO VIII

Otra vez es sábado, pero la mecedora de caoba roja y forrada de guano no está en el frente de la casa azul de la calle 19 de marzo. Don Iván está sentado junto al volante del jeep que lo llevará a Loma Siete Cabezas. Solo esperaba por los chicos que recién han llegado con su madre y una amiga que ha traído también a sus hijos.

Eva está vestida con pantalón azul y blusa roja, Santiago tiene unos pantalones cortos con botas de cuero y Alejandro trae una gorra de color caqui, pantalón azul y camisa a cuadros. Todos se suben al jeep y ya sentados descubren lo que el abuelo ha preparado para el viaje:

— En esa caja —dice el abuelo antes de poner el vehículo en marcha, —tenemos cincuenta árboles pequeños para plantarlos en la cabecera de la montaña.

Eva mira las plantitas e imagina cuán grande serán cuando crezcan. Alejandro mira a don Iván y pregunta:

— Abuelo, ¿podemos invitar a mis amiguitos de la escuela para que vengan otro día con nosotros a tratar de curar el río?

— ¡Claro que sí mi niño! Por mí encantado, —exclama el abuelo—. ¡Todos debemos ayudar a salvar al Ozama!

Eva y Santiago se mueven hasta donde está Yolanda que mira las fotos del álbum.

— Mami —la interrumpe Eva— ¿Me puedes leer la poesía que escribió abuelito?

Yolanda la besa con ternura y empieza a buscar entre las fotos a ver si encuentra la que tiene el poema. Al encontrarla, lee en voz alta:

“Muy largo, muy largo,
parece serpiente.
Arriba los barcos,
abajo los peces...”

Eva cierra los ojos, como buscando sentir la suave humedad de la corriente.



CAPÍTULO IX

Kiara es la maestra de cuarto grado en la escuela a la que asiste Alejandro. Está contenta con el proyecto de conservación del río que ha comenzado don Iván. Desde que Alejandro le contó su viaje a la Loma Siete Cabezas y que plantaron cincuenta árboles en la montaña, ella está muy feliz con la idea. Aunque es muy delgada y joven, la maestra Kiara tiene mucha energía. No ha parado de caminar de aquí para allá, pidiendo ayuda a sus amigos para recaudar fondos y colaborar con don Iván. Otros maestros se han unido a la causa y han conseguido tres autobuses para transportar a todos los estudiantes de cuarto y quinto grados, para ir de excursión a la Sierra de Yamasá. Los estudiantes están muy contentos, y curiosos, le hacen preguntas a Alejandro:

— ¿Cómo se llega a la Montaña?
— pregunta Eduardo.

— ¿Por dónde hay que subir? —
interroga Elisa.

— ¿Hace frío allá arriba? —
quiere saber Natalia

— ¿Tuviste mucho miedo? —ha
preguntado Lía.

Y Alejandro ríe complacido y va contestando a todos con alegría.

Al fondo del autobús, permanecen las cajas en donde la maestra ha colocado cientos de matitas para ser sembradas en la cabecera de la montaña.

Alejandro ha logrado que los chicos conozcan el poema que su abuelo escribió. A ellos también les gusta. Nunca han visto el río Ozama de cerca, pero por el poema del abuelo, saben que les va a encantar verlo sano y fuerte como era una vez.

Alejandro se acerca a la maestra para pedirle algo.

— Maestra Kiara, ¿usted puede hacerme un favor?

— ¡Claro, Alejandro! ¿En qué te puedo ayudar? —exclama la maestra.

— Quisiera pasar por el frente de la casa de mi abuelo.

— ¿Y para qué quieres pasar por donde tu abuelo? —pregunta la maestra.

– Él está muy triste. Ayer se cayó bajando las escaleras y no puede acompañarnos a la excursión. Pero le tengo una sorpresa que estoy seguro le va a dar mucha alegría.

Después de escuchar la idea de Alejandro, Kiara sonríe y se dirige donde el conductor del autobús y le pide que por favor pase por el frente de la casa azul de la calle 19 de marzo, en donde vive don Iván.

– Son unos minutos solamente– le dice, tratando de convencerlo y éste accede de buen modo.

Avanzan por la calle Bolívar, giran a la izquierda con rumbo al malecón y luego doblan hacia la derecha hasta encontrar la calle que le ha indicado la maestra.

El conductor detiene la guagua y la maestra le pide que toque la bocina. Alejandro hace una señal a sus amiguitos del cuarto y quinto grados. Todos sacan un papel de los bolsillos y se colocan a las ventanas del vehículo. Esperan otra señal y al

recibirla recitan a coro, para que el abuelo que se ha parado en la puerta escuche:

¡Muy largo, muy largo,
parece serpiente.
Arriba los barcos,
abajo los peces.
Desde las montañas
muy rápidamente,
el Ozama baja,
se vuelve corriente.
Cerca de la orilla,
vestidas de verde
hay miles de algas
bebiendo en el río
como de una fuente.
El Ozama corre,
parece serpiente.
Arriba los barcos,
abajo los peces!

La maestra aplaude con alegría y los chicos vuelven felices a sus asientos.

Solamente Alejandro permanece en la ventana y desde ahí le vocea a don Iván:

– ***¡No se preocupe abuelito, nosotros vamos a curar el río!***



GLOSARIO

Afluente: Arroyo o río secundario que desemboca o desagua en otro principal.

Albergue: Lugar que sirve de resguardo o alojamiento a personas o animales.

Álbum: Libro en blanco, encuadernado, cuyas hojas se llenan con breves composiciones literarias, retratos, etc.

Algas: Plantas talofitas que viven en el agua dulce o marina.

Almácigo: Variedad de árbol que sirve para reforestar.

Almendra: Árbol de la familia de las rosáceas, de raíz profunda y madera dura. Su tronco puede tener hasta siete metros de altura.

Aromático: Que tiene aroma agradable al olfato.

Bambú: Planta de la familia de las gramíneas, originaria de la India. Su tallo alcanza hasta 20 metros.

Cachorrito: Cría del perro y de algunos mamíferos, como el león, el lobo, el oso, etc.

Caoba: Árbol americano de la familia de las meliáceas. Puede alcanzar unos 20 metros de altura. Su madera es muy valiosa.

Cazabe: Torta que se hace con harina de yuca.

Chapuzón: Meter a alguien de cabeza en el agua.

Chévere: Estupendo, buenísimo, excelente.

Cocotero: Árbol de la familia de las palmas, que suele alcanzar de 20 a 25 metros de altura. Produce frutos dos o tres veces al año.

Dajao: Pez de río, muy común y de buena carne.

Ensartado: Rizado, en forma de sortija.

Gafas: Anteojos que se sujetan a las orejas o de alguna manera por detrás de la cabeza.

Guano: Variedad de palma de tronco alto y redondo en forma de abanico. Las hojas sirven como cubierta de techos.

Infancia: Período de la vida humana desde el nacimiento hasta la pubertad.

Insensato: Falto de sensatez, persona tonta.

Isabela: Afluente del río Ozama.

GLOSARIO

Laurel: Árbol siempre verde, de la familia de las lauráceas, que crece hasta seis o siete metros de altura.

Loma Siete Cabezas: Loma localizada en la Sierra de Yamasá, República Dominicana.

Maleza: Espesura que forman los arbustos.

Matutina: Que ocurre o se hace por la mañana.

Mecedora: Silla de brazos cuyos pies descansan sobre dos arcos o terminan en forma circular.

Ozama: Río que nace en la Loma Siete Cabezas, en la Sierra de Yamasá, República Dominicana. Abarca 2.686 kilómetros cuadrados y desemboca en el mar Caribe, en la ciudad de Santo Domingo.

Pino: Árbol de la familia de las abietáceas de tronco elevado recto.

Retrato: Pintura o fotografía de una persona.

Ribera: Margen y orilla del mar o río.

Roble: Árbol de la familia de las fagáceas. Alcanza entre 15 y 40 metros de altura. Su madera es muy valiosa.

Sabita: Afluente del río Ozama.

Sierra de Yamasá: Sierra perteneciente a la provincia de Monte Plata. En esta sierra nacen los ríos: Ozama, Verde, Yamasá, Guanuma, Máyiga, Isabela, Haina y Básima.

Trayecto Espacio que se recorre de un punto a otro.

Vara de pescar: Rama delgada usada para lanzar el hilo de pescar.

Vehículo: Medio de transporte de personas o cosas.

Yabacao: Afluente del río Ozama.

Yagrumo: Árbol de la familia de las araliáceas. Sus hojas son medicinales.



Abuelo llévame al Río

“Abuelo, llévame al río”, del escritor dominicano César Sánchez Beras, fue el cuento utilizado en el II concurso “Pinta el río Ozama y gana”, organizado por el Voluntariado Bancentraliano, el Ministerio de Educación y el Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales, con el objetivo de concienciar a los estudiantes de las escuelas básicas cercanas al nacimiento del río Ozama, en Yamasá, provincia Monte Plata, sobre la importancia de proteger este río y las montañas de su cuenca.

Este concurso forma parte del acuerdo firmado entre el Voluntariado Bancentraliano y el Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales para contribuir con la reforestación de la cuenca alta del río Ozama.

A continuación, presentamos los trabajos ganadores:



1er.
LUGAR
6to.-8vo.

Antonio Tiburcio Pérez
Liceo Francisco del Rosario
Sánchez





Yeilin María Santos
Escuela Pepe Pérez



Rio Ozama
Yeilin maria Santos
Rodriguez

Concurso Rio Ozama 2018

Nombre: Yeilyn Maria
Apellido: Santos Rodriguez
Escuela: Pepe Perez
Curso: 3º Grado

2do.
LUGAR
6to.-8vo.

Anderson Ayala
Liceo Salomé Ureña

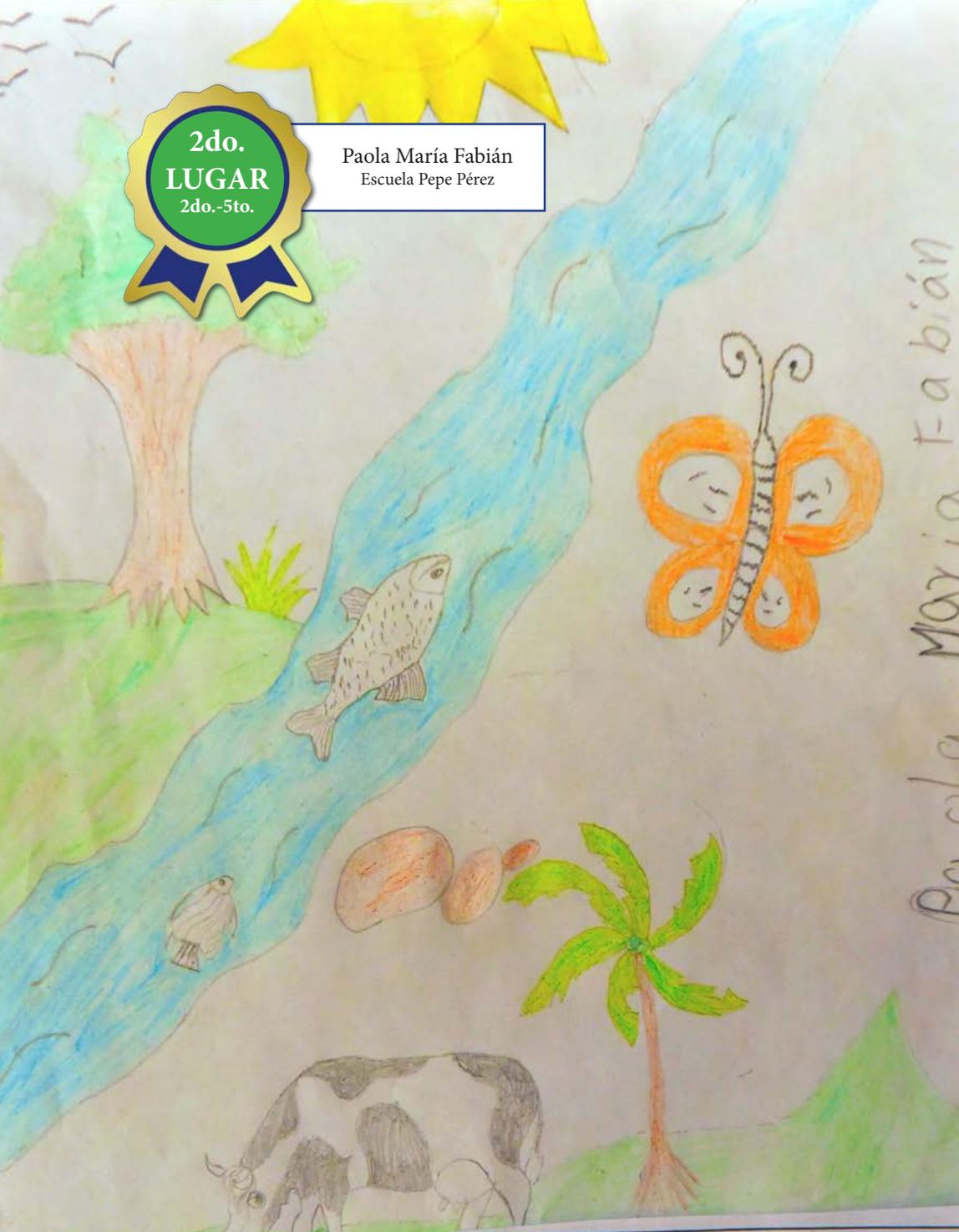


El río
Azul





Paola María Fabián
Escuela Pepe Pérez



Paola María Fabián

Concurso Rio Ozama 2018
Nombre: Paola María
Apellido: Fabian Rodriguez
Escuela: Pepe Pérez
Curso: 2º grado
Profesor (a): Dulce María Ruata
Fecha: 15/2/2018



Pedro Luis H.
Escuela Fernando Arturo
de Meriño



Artista: Pedro Luis H.
Escuela: Fernando Arturo de Meriño
Calle: Pedro Viedesa Cr.



3er.
LUGAR
2do.-5to.

Edison Florentino
Escuela Pepe Pérez



Concurso Río Ozama 2018

Edison
Florentino Rodriguez
Escuela Pepe Pérez
2do grado
(a): Dulce María Peratta



Génesis Santos
Liceo Salomé Ureña





Pedro Ángel Heredia
Escuela Fernando Arturo
de Meriño





Consejo Directivo

Ervin Novas Bello
Presidente

Frank A. Montaña
Suplente del Presidente

Luis Martín Gómez
Vicepresidente Ejecutivo

Anesther Díaz
Secretaria

Yamileh García Belén
Tesorero

José Manuel Taveras Lay
Asesor

Roberto Pelliccione
Asesor

Reynaldo Díaz
Asesor

Encargados de Comisiones:

Denisse Comarazamy
Comisión de Desarrollo Social

Anesther Díaz
Comisión de Medio Ambiente

Miosotis Collado
Comisión de Educación

Yanery Mora
Secretaria

Créditos:

Texto:
César Sánchez Beras

Dibujos:
Henry Cid

Diseño y diagramación:
Raschid Zaiter

Impresión:
Subdirección de impresos y publicaciones del Banco Central de la República Dominicana

Jurado del concurso:
Luis Martín Gómez, Evelyn Estrella y Denisse Comarazamy

Colaboradores:
Soraya Bautista, Ivette Montero, Yanery Mora, Rut Esther Vargas, Gissel López, Juan Bautista y Génesis Ortiz

Santo Domingo
Septiembre de 2018

